

Punto de mira

Thatcher, la fuerza de las buenas ideas

José María Aznar



No tuve la oportunidad, como me hubiera gustado, de coincidir más frecuentemente con Margaret Thatcher. Pero eso no impidió que prestara mucha atención a sus ideas. Una de las primeras lecciones que aprendí de ella es que las malas ideas siempre dan como resultado malas políticas, mientras que las buenas ideas tienden a producir buenas políticas. Para Thatcher, la ideología del socialismo británico estaba plagada de ideas entre malas y muy malas. El resultado de su aplicación no pudo ser más catastrófico: una Gran Bretaña reducida a la esclerosis económica, rendida a los elementos más inmovilistas, como los sindicatos, perdida y abrumada en la Unión Europea y socialmente descreída. Cuando Thatcher asume el poder en 1979, Inglaterra era una nación en franco declive, abrazada al rescate del Fondo Monetario Internacional y sin que sus ciudadanos mostrasen más que resignación.

El impulso de Margaret Thatcher, en ese momento, fue sobre todo intelectual, es decir obedeció a una profunda convicción en la libertad y a una idea muy clara de lo que esa convicción implicaba. Nunca aceptó que el lamentable estado de su querido país fuera el producto de una evolución inexorable ni que tuviera que ser aceptado pasivamente. Al contrario, estaba firmemente convencida de que con claridad de ideas, autoridad moral y firmeza, las malas condiciones imperantes podían ser revertidas por completo.

Amante de la libertad y de la responsabilidad de las personas, no dejó esfera del poder sin tocar. Inició una cruzada por la desregulación y liberalización que permitió a Gran Bretaña no sólo salir de la crisis en la que estaba sumida, sino recuperar el crecimiento y una posición de liderazgo en Europa y en el mundo; como antigua ministra de

Educación, sabía perfectamente que ése es un terreno estratégico para el futuro de cualquier nación y siempre defendió el reconocimiento del esfuerzo y la excelencia académica; en Europa se revolvió contra los dictados de la que consideraba burocracia bruselense y arrancó para Inglaterra la libertad de decisión que quería para todas las naciones, el elemento básico e insustituible del proyecto europeo, torcido por la visión socialista que lo dominaba desde el continente; en materia de defensa favoreció la fortaleza de sus Fuerzas Armadas y no vaciló en emplearlas al servicio de los intereses más elevados del Estado, como ocurrió en la guerra de las Malvinas, donde no se rindió ni a la geografía ni a la osadía militar argentina y luchó por lo que consideraba parte de su soberanía nacional. Y venció. Con los Estados Unidos mantuvo una más que estrecha relación. Justo cuando tantos

Su labor fue un gran ejemplo de lo que un buen político puede hacer por su país y por el mundo

europeos se manifestaban vociferantes contra Ronald Reagan, ella supo estar siempre a su lado, desde el despliegue de los euromisiles a la guerra del Golfo de 1991, forjando una alianza casi indestructible; en materia exterior siempre estuvo a favor de no ceder en los ideales democráticos, como puso de relieve en su relación a favor del cambio en la URSS.

Margaret Thatcher alteró radicalmente el statu quo de un país que, como el resto de la Europa democrática, seguía asentado en lo que se denominó «el consenso socialdemócrata». En ese sentido era una revolucionaria. Si el cambio podía traer claros beneficios, siempre se inclinó por cambiar las cosas. Con su actitud, que más tarde asumiría en Estados Unidos George W. Bush y en su país, Inglaterra, Tony Blair, generó un cuadro político tan paradójico como real: la izquierda se hacía reaccionaria mientras que los conservadores aparecían como los verdaderos revolucionarios.

En una Europa desconcertada, creo que las enseñanzas de Thatcher, lejos de perderse con la desaparición de su figura, mantienen su vigencia como esencia de una forma transformadora de entender la política. Su ambiciosa determinación de «hacer posible lo deseable» da la medida de una personalidad entregada a cumplir con el compromiso de confianza establecido con los electores. Su ardor por que fueran los ciudadanos, hombres y mujeres, y las familias (que creía piedra angular de nuestra sociedad) los auténticos responsables de sus vidas, de su destino, auguraba una cultura de iniciativa personal frente a la expansión ineficiente e insostenible de un Estado que drenaba esfuerzos y recursos, limitaba libertades, hacía a los individuos dependientes en vez de responsables. Un modelo de estímulo, dinamismo, innovación y generación de riqueza que todo aquel que desde entonces

haya querido ganar las elecciones en Gran Bretaña ha tenido que respetar. Se trataba de confiar menos en lo que el Estado podía hacer por nosotros y asumir en mayor medida la responsabilidad de nuestras decisiones, pero también el fruto de nuestros

esfuerzos. Y todo ello en un país que con Thatcher mantuvo un alto nivel de protección social, entre otras razones porque fue Thatcher quien rescató del colapso generalizado al que el delirante intervencionismo de la izquierda llevó a los servicios públicos en la Gran Bretaña de los 70.

Thatcher fue un gran ejemplo, un ejemplo histórico, de lo que un buen político puede hacer por su país y por el mundo. Y no debemos olvidar ni el porqué ni el cómo de su éxito. Por desgracia su final también fue exponente de lo peor que a veces trae la propia política. Sin embargo, lady Thatcher merece que alimentemos cuanto de positivo fue capaz de hacer con su arrolladora mente transformadora. De Thatcher se puede decir lo mejor que cabe decir de un estadista: que estuvo a la altura de los tiempos, de los desafíos del momento histórico que le tocó vivir, del pueblo que la eligió y de los adversarios a los que tuvo que hacer frente.



En el 10 de Downing Street numerosas personas han depositado ramos de flores y otras muestras de homenaje a Margaret Thatcher

Efe

